

AL SANTO DEL DÍA

Tú eres hoy quien protege desde el cielo
Al día que sonrío en el oriente:
Sé, pues, también en él quien en mi duelo
Proteja contra el mal mi alma doliente.

Y ya que tú también peregrinando
Un día en este mundo te encuentras,
Y que el fiero dolor que estoy pasando
Para llegar a Dios, también pasaste;

Si alguna vez en triste desaliento
Mi débil corazón sin fuerzas cae,
Con tu pasado y terrenal tormento
Tus glorias de hoy a mi memoria trae.

Ruega, pues, al Señor por la alma mía,
Y haz que tu amor junto a su amor me excuse,
Que nada habrá que en tu solemne día,
Como lo pidas tú, Dios me rehuse.

UN GRITO DE ALARMA

En Francia empiezan a alarmarse los buenos patriotas, no de que sobren religiosos, sino de todo lo contrario. Monsieur Ed. de Kaiser ha escrito un documentado e interesante libro sobre el «Gran peligro de la Francia Misionera». El mariscal Lyautey, que escribe el prefacio de dicha obra, declara que en todos los lugares donde ha vivido la vida colonial, en Extremo Oriente, en Indo-china, en Madagascar, ha encontrado que las Misiones constituyen focos intensos de paz, de orden, de educación y de formación moral y social. «Yo los he visto—dice—representando a Francia en los rasgos más nobles de su fisonomía histórica y de su misión civilizadora, haciéndola respetar y amar. Esta acción fecunda de nuestros misioneros, de la que nuestra patria obtiene tantos beneficios, es la que ha querido mostrar en toda su belleza y su fuerza la Exposición colonial de 1931, representa así el más valioso auxilio a los que han tomado sobre sí la tarea de conjurar los peligros: hostilidad, indiferencia, trabas jurídicas, dificultades opuestas a su reclutamiento, que de tantos años acá han pesado sobre la Francia «misionera». Hasta aquí son palabras del mariscal Lyautey.

La sustanciosa exposición que hace M. de Kaiser de la acción del misionero termina con este grito de alarma: «En todas partes disminuyen en número nuestros misioneros. En ciertos lugares han sido reemplazados... Cuando no los tengamos, nuestra influencia habrá concluido. Pero no pueden reclutarse misioneros si las Ordenes religiosas son privadas de enseñar, de formar un plantel de jóvenes entre los que surgirán nuevas vocaciones...»

En Francia, el anticlericalismo radical suele tener un límite: el patriotismo, la conveniencia de la nación; por eso mismo hay anticlericalistas que defienden y aplauden a los misioneros religiosos.

LA JUSTICIA DE DIOS...

«Catalunya Social» cuenta el caso acontecido recientemente en Castellet, pueblo cuyo famoso alcalde capitaneó un pelotón de gente maleante con propósito de prender fuego en Manresa a la santa Cueva de San Ignacio. En ese pueblo de Castellet fué en donde una infeliz mujer tales injurias y tan horribles blasfemias barbotó en un mitín contra Dios y contra la Virgen Santísima, que hasta la misma gente anticlerical se hacía cruces al oír a aquella mujer que tenía trazas de verdadera endemoniada.

Pero ¡qué casualidad! Esta energúmena hoy se halla en apurado trance. Un cáncer la está matando, un cáncer que radica cabalmente en la lengua maldita que tantas y tan horripilantes blasfemias había barbotado.

Otro caso: Una de las mujeres de Monistrol que azuzaban furiosamente a los hombres para que subiesen a Monserrat a injuriar a los monjes y a quemar aquel espléndido palacio de la Santísima Virgen, ha muerto quemada en su propio domicilio. Justo castigo de la que quería abrasar en su propia casa a la Inmaculada reina de los cielos.

CADA CUAL ES HIJO DE SUS OBRAS

No es verdad lo que suele decirse de que el interés particular sea una guía segura, y que con respecto a él raras veces el hombre se equivoque.

En esto, como en todo lo demás, andamos inciertos; y en prueba de ello tenemos la triste experiencia de que tantas y tantas veces nos labramos nuestro infortunio.

Lo que si no admite duda es que, *así por lo tocante a la dicha como a la desgracia*, se verifica el proverbio de que *el hombre es hijo de sus obras*.

En el mundo físico como en el moral, la casualidad no significa nada.

Es cierto que en la inestabilidad de las cosas humanas ocurren con frecuencia sucesos imprevistos que desbaratan los planes mejor concertados, que no dejan recoger el fruto de atinadas combinaciones y pesadas fatigas, y que, por el contrario, favorecen a otros que, atendido lo que habían puesto de su parte, estaban lejos de merecerlo; pero tampoco cabe duda en que esto no es tan común como vulgarmente se dice y se cree.

El trato de la sociedad, acompañado de la conveniente observación, rectifica muchos juicios que se habían formado ligeramente sobre las causas de la buena o mala fortuna que cabe a diferentes personas.

¿Cuál es el desgraciado que lo sea por su culpa, si nos atenemos a lo que nos dice él? Ninguno, o casi ninguno.

Y, no obstante, si nos es dable conocer a fondo su índole, su carácter, sus costumbres, su modo de ver las cosas, su sistema en el manejo de los negocios, su trato, su conversación, sus modales, sus relaciones de amistad o de familia, raro será que no descubramos muchas de las causas, si no todas, de las que contribuyeron a hacerle infeliz.

Las equivocaciones sobre esta materia suelen nacer de que se fija la atención en un solo suceso que ha decidido de la suerte de la persona, sin reflexionar que aquel suceso, o estaba ya preparado por muchos otros, o que sólo ha podido tener tan funesta influencia a causa de la situación particular en que se hallaba la persona, por sus errores, defectos o faltas.

La suerte, próspera o adversa, rarísima vez depende de una causa sola; compléanse por lo común varias, y de orden muy diverso; pero, como no es fácil seguir el hilo de los acontecimientos al través de semejante complicación, *se señala por causa principal o única* lo que quizás no es otra cosa que un suceso determinante, o una simple ocasión. BALMES

UN SUEÑO TERRIBLE.—MAS VALE

Tuvo un sastre un sueño terrible.

Vió que le pasaban por la cara una enorme bandera, formada de todos los retazos que había robado a los parroquianos.

Contólo a su mujer, y cuando ésta vefa que estaba cortando alguna prenda, le decía: «¡Antonio acuérdate de la bandera!»

Antonio se contenía, y así estuvo mucho tiempo sin robar.

Pero una vez le tentó tan fuerte la codicia, que se guardó un gran trozo de tela.

«¡Antonio, acuérdate de la bandera!» le dijo su mujer.

«Mujer», saltó el sastre, «de este color no recuerdo que hubiera retazo alguno en la bandera».

¡Cuántos ladronzuelos por estos mundos!

No piensan los infelices que las prendas o monedas que han robado, las encontrarán todas en el valle de Josafat, y estarán ahí para avergonzarlos delante de todo el mundo...

Más vale pobre honrado, que rico ladrón.

Más vale ir al cielo pobre, que al infierno rico.

Más vale sufrir en la tierra y gozar en el paraíso, que no gozar en la tierra y penar en el infierno.